

y no temieron cosa ninguna ni de los dioses, en la seguridad que ya tenían del ejército.

Mas así como había Séneca ideado su arenga correspondiente al ejército, para que le dieran á su discípulo y pupilo el poder supremo los soldados, había parido otra muy parecida de suyo á la precedente, ya sabida, para que tuviese formas y apariencias de libre la sanción forzosa é inevitable que debía dar al nombramiento de los cuarteles el voto de los senadores. No pueden comprenderse las arengas compuestas por el filósofo y unas veces rechazadas y otras veces leídas por Nerón, si al par no comprendemos la situación y estado de ánimo en que á la sazón se hallaba el filósofo entre sus múltiples componendas para combinar los principios de su ciencia con las imposiciones y con los deberes de su vida. Séneca pensaba de un modo y procedía de otro. Como pensador era muy republicano; como hombre, imperialista. Sus palabras tiraban por un lado y sus acciones por otros. Así estaba en aptitud singularísima respecto del papel representado en aquella coyuntura por Nerón para prestarle palabras de tribuno á la hora misma de erigirlo en tirano, y hacerle decir cómo se proponía resucitar una república, muerta de antiguo, deseada por la mayor y la mejor parte de Roma, y sin embargo, á causa de haberse pervertido los caracteres antiguos mucho antes de apagarse las antiguas ideas, aniquilada por completo é incapaz de todo renacimiento. El arte con que César y Augusto transformaran la República en Imperio nunca se conocía en el grado que á la exaltación de los emperadores, quienes aparecían elegidos por el pueblo, cuando en realidad eran impuestos por el ejército. Los nombres antiguos quedaban como si nada hubiera sucedido. Las magistraturas mandaban. Había tribunos con veto y senadores con voto. Contábanse los años por los cónsules. Reuníanse los comicios. El candidato vestido de blanco (cándido) se paseaba por los intercolumnios del foro y recibía la confianza del pueblo. Por consiguiente, la característica de un discurso del joven príncipe al Senado consistía en echárselas de republicano en la forma y retener el imperio absoluto en la realidad y en la vida. Ninguna cosa tan fácil como ésta para quien echaba por un lado la conciencia y por otro la vida, por un lado la conciencia y por otro la realidad, por un lado la filosofía y por otro lado la política, estoico

en sus palabras y epicúreo en sus costumbres, menospreciador de la riqueza y usurero, con el puñal de Bruto en su puño y la vileza de Sejano en su alma; queriendo la libertad, pero á condición de no exigirle ningún sacrificio este cariño; en el pensar y en el creer un santo y un mártir, pero luego en el obrar y hacer, decidido por todo, resuelto á todo, verdugo de Agripina la cruel é infame, amaestrador del monstruo que iba de nuevo á oprimir y deshonar así la humanidad como la tierra, nuncio y guía del despotismo perpetuado por estas complacencias serviles del pensamiento y del derecho y del espíritu con la fuerza brutal y con la victoria.

Más oigamos el discurso de Séneca en labios de Nerón.

«Padres conscriptos — dijo el príncipe dirigiéndose al Senado, después de saludarle con reverencias rayanas en demostraciones de culto y de recibir en cambio vítores y aplausos estruendosos sin término. — Padres conscriptos, mi juventud necesita de vuestra experiencia. Nunca os habréis hallado frente á un César que os necesite tanto y que por lo mismo en tal manera desee obligaros. Los dioses han dispuesto de nuestro señor y maestro, el divino Claudio, con cuyas luces y años contábamos todos para dirigir el imperio. Hijo adoptivo de él yo, como Augusto de César, como Tiberio de Augusto, como Calígula de Tiberio, vengo á recoger la herencia vinculada en esta irrevocable adopción. Si no me conocéis á mí, porque mi juventud no se presta mucho á materia de conocimiento y estudio, conocéis á mis antepasados. El fundador de mi familia, Domicio, trocó su barba negra en áurea barba, como sabéis, al toque de unos dioses, aparecidos á él en las vías romanas, que le doraron los pelos del rostro con sus sobrenaturales manos. Siete consulados ejercieron mis progenitores, un triunfo gozaron, dos censuras tuvieron, y de tiempo inmemorial entraron en la clase patricia. Mi bisabuelo traspasó al pueblo el derecho que antes gozaban los pontífices de nombrar los sacerdotes. Mi abuelo acusó á César mismo por haber violado los arúspices y las leyes. Todos los míos, todos mis parientes paternos, todos los deudos del patricio que me dió la vida, todos sirvieron á la romana libertad. Así el culto á las instituciones históricas de Roma no está sólo en mi pensamiento y en mi alma; está en la sangre atávica y en la herencia secular legadas al nombre mío por mis gloriosos abuelos. Con este

culto á la libertad histórica vengo aquí hoy; en este culto reinaré y mandaré siempre, más ganoso de respetarla en los de abajo, donde siempre será necesaria, que de tenerla yo arriba, donde todo impone sujeción á los dioses y obediencia. Así pondré á su disposición, á disposición de los humildes y de los pobres, aquello único dado por Dios á los humanos en pleno dominio, el tiempo. Como sé que halla toda felicidad su toque propio en desear lo debido, no desearé cosa ninguna yo allende mis deberes. Se podrá deliberar mucho acerca de si conviene á un César someterse al Senado; pero como yo lo he decidido antes de deliberarlo, sumiso me tendréis hasta el fin. No hay varón justo como no sepa dominar sus pasiones, y siendo tan viva la del poder, yo la domino en términos que pongo éste á vuestro arbitrio, no sin esfuerzo, pero sí con pleno vencimiento de mí mismo. Sostengamos las viejas leyes con las viejas costumbres. Advertidme de mis culpas cuando no las vea yo, que os prometo enmendarlas. Los bienes humanos jamás han sido propiedad de quien los tiene; se le han dado por el cielo para que los administre y los distribuya. Dadme la prudencia que habéis aprendido en vuestra sabiduría. Sometidos vosotros á la razón, me impondréis á mí su imperio. Yo os prometo reverenciar á Claudio como á un dios, y oír siempre á la mejor entre todas las madres, á mi madre Agripina. Calcaré las leyes de mi proceder en los ejemplos dejados por Augusto. Los impuestos gravosos serán disminuidos. Las recompensas, por la ley Papia decretadas á los delatores, desaparecerán por completo, pues quiero desaparezca la delación, esa plaga de Roma. Distribuiré á cada plebeyo de mi peculio particular cuatrocientos sextercios por cabeza. Para que puedan muchos de los vuestros, venidos á pobreza por injusticias de la suerte, desempeñar su dignidad con desahogo, decretaré una pensión de quinientos mil sextercios á cada senador sin fortuna. El ejército recibirá distribuciones mensuales gratuitas de trigo. No recibiré acciones de gracias sino después de haberlas merecido. Me resistiré á firmar sentencias de muerte, pues detesto más todavía que el oficio de delator el oficio de verdugo. La libertad, la religión de nuestros padres, volverá de nuevo á ser nuestra eterna religión y á encontrar aquel desinteresado culto en que brotaron las grandes almas que iluminan los romanos anales y se acercaron

las viriles costumbres á cuya sabia disciplina hemos obtenido la dominación del mundo. Cuidaré hasta de la pureza del Senado y lo restituiré á su pristina dignidad. Maltrecho por las guerras civiles, en las competencias entre nuestros partidos combatientes disminuído primero y luego agrandado más allá de lo conveniente y permitido, Augusto lo purificó; y á tal purificación, descuidada por sus sucesores, debo atender yo ahora en el propósito de consociaros con mi gobierno y de resucitar las viejas leyes, con las cuales fuimos grandes sobre todos los pueblos de la Historia y bajo las cuales grandes seremos nuevamente, si me prestáis con el consejo de vuestras claras inteligencias el concurso y la sanción de vuestros votos. El cielo y yo sabremos premiároslo con creces. Confíad en los genios protectores de Roma y consagraos á nuestra regeneración.»

Un grito de fervido entusiasmo siguió á este trozo de meditada elocuencia estoica. La desesperación interior, á la cual se agarrara tan fuertemente la flojera y debilidad incurables de los ánimos, fué por algunos instantes conjurada; y se vió como reaparecido en la realidad el genio de aquella Roma republicana, tan propicio á todos los romanos en general y con especialidad á los senadores y á los aristócratas. A un error interno de los más vulgares creíase que lo perdido por culpa de todos podía recuperarse por el acierto de uno solo. Ignoraban como los nombres no hacen las cosas y la inutilidad completa de pronunciarlos, si no responden á las vivas realidades y á los hechos vivos. Casualmente no se había cambiado nombre ninguno; lo que realmente se cambiara, bajo el imperio, fuera lo que humanamente no podía readquirirse y reaquistarse, aquel espíritu de Roma, en que todo lo grande se animaba y vivía. Verdades tan evidentes se ocultaban, magüer la claridad suya, en este período histórico á los más perspicaces ingenios, creídos de que podía restaurarse por fórmulas sortilégicas lo perdido por errores y crímenes sin cuento. Séneca creía que bastaba una ciencia de gran profundidad á restaurar la república; Lucano, que un poema de altísimos vuelos; Persio, que una sátira de acerado filo; y ninguno se enteraba de que cuanto hacían allá en el espíritu con ideas, lo destruían aquí en la realidad con actos contrarios á todo lo pensado en la mente y hasta creído por una fe ciega, las cuales, en

su esterilidad natural, no generaban cosa ninguna que pudiese á su vez generar leyes y costumbres reales. Séneca escribió para el Senado como si escribiera para la escuela. Y así puso en labios de su discípulo emperador lo que hubiera puesto en los de cualquier discípulo puramente académico. Disertó en las entrañas del mundo político cual disertara en cualquier Academia. Donde se pedían actos, cumplió con palabras. Y así comenzaba uno de los reinados más funestos á la humanidad y al bien humano con una de las arengas más nutridas de ideas altas y de conceptos profundos que podían componerse. Su error estaba en creer que, con haberlo dicho todo, había hecho el infeliz algo. Y lo mismo creyó el Senado. Hasta los más escépticos tuvieron un relámpago de fe viva por obra de una meditada y artificial retórica. La recuperación del poder venía envuelta en aquellos conceptos forjados por la inteligencia de un filósofo altísimo y dichos por los labios de un muchacho sincero. Pero no caían los entusiasmados en que su esperanza iba por completo á estrellarse contra su propio entusiasmo. No caían en que, aguardando de la voluntad ajena, y no del propio esfuerzo, la libertad, imposibilitaban su readvenimiento y se hacían voluntarios esclavos. Aunque hubiese querido verdaderamente Nerón su libertad y se la hubiese dado, no serían los así manumitidos ciudadanos libres de Roma, serían misérrimos libertos de César. El entusiasmo que ahogaba en aquellos momentos al Senado, los aplausos resonantes en el aire, las humeadas de incienso espiritual generadas por las frases de servil acatamiento, las acciones de gracias propuestas por todos á porfía y las genuflexiones hechas por todos en aquella especie de liturgia imperial sobre los ánimos reinante y soberana, como antaño, y sobre las costumbres históricas que afanzaran la libertad, tan sólo demostraban cómo no había ningún resquicio allí por donde pudiera penetrar un rayo de vivificadora esperanza. Así decretó el Senado que las frágiles promesas de Nerón se grabasen en bronce, como si la solidez de aquella materia en que se fijaban pudiese prestarles consistencia ninguna, y no estuviera el mayor obstáculo al cumplimiento suyo en las serviles almas de los senadores y en la prostitución irremediable del Senado. Mas lo que maquinara desde su palacio Agripina y requirieran Séneca con Vitelio se había cumplido: Nerón quedaba recibido como general

en jefe por los pretorianos del cuartel y proclamado como sumo imperante por los padres del Senado. No había más que pedir.

Así volvieron al Palatino y lo encontraron todo dispuesto al nuevo reinado. Británico estaba descartado. Los besos de su madrastra se le habían clavado en el pecho y paralizádole por completo la voluntad y el deseo propios. Octavia recibía los homenajes debidos á una emperatriz consorte mal de su grado, por verlos dispuestos adrede por Agripina para cohonestar con el favor aparente á ella concedido el infame despojo perpetrado en el derecho de su Británico, del predilecto hermano suyo. Los cortesanos, más desasidos de Agripina mientras estuvo en duda la sucesión del emperador Claudio, se echaron á sus pies en cuanto quedó emperador proclamado Nerón. Ya no había en aquella corte más que un solo pensamiento: para mostrar lo irrevocable del cesáreo legado, erigir en verdadero dios al monarca legatario y hacerle honras fúnebres, que fueran homenajes aparentes á él, y en realidad apoyo de la nueva persona imperial. Cuanto más se hiciese creer á las gentes que Claudio era un dios, más divino aparecía Nerón. Así acudió Agripina en aquel momento á todos los recursos de su inventiva y á las fertilidades varias de su ingenio para sumar algo más á lo mucho ya ideado y hecho en los funerales de aquellos antiguos emperadores, de cuyas honras extraían los herederos títulos al propio dominio y al perdurable mando. Con las procesiones de rúbrica y con los aparatos militares de necesidad y con la presentación de los árboles genealógicos en figuras de cera y en simulacros de artificio que representaban los más ilustres abuelos y generadores del muerto, debía sumarse ahora una especie de apoteosis mayor, en cuyas ceremonias religiosas Claudio adquiriera carácter de dios transmisible á su heredero y á su viuda. Así Agripina no se daba punto de reposo en el arreglo de los funerales, á que no consagró ni un minuto siquiera mientras anduvo embargadísima por las manipulaciones indispensables á la proclamación de su hijo. Mas, proclamado éste ya, erigido emperador por las lanzas del pretoriano y puesto por los senadores en persona bajo el dosel majestuoso de las viejas tradiciones y leyes, aplaudido en manifestaciones ruidosísimas por el pueblo todo que aguardaba juegos como no los habían soñado los predecesores del joven artis-

ta, conseguido todo lo deseable allende lo esperado en la más optimista confianza, la emperatriz viuda se puso á preparar ceremonias, en las cuales se proponía con reflexión hacer de su esposo muerto un verdadero dios, para que hiciera el divinizado de su mujer superviviente una verdadera diosa. Los jurisconsultos más peritos, los adivinadores más célebres, los liturgistas más competentes, los augures más sabios iban llegando en tropel convocados á consulta indispensable para la preparación de todo lo conducente á una divinización ó apoteosis. Agripina, después de tantas emociones, apenas había dado al sueño cortos momentos cuando ya se desvivía por las honras del muerto, que tanto debían ceder en provecho de sus matadores; y con la natural actividad suya para todo y con su presencia en todas partes abarcaba desde los altos conjuntos de aquellos colosales proyectos hasta sus menores minucias. Tiempo se necesitaba por cierto, amén de voluntad, para lo intentado, y tiempo recabó Agripina con empeño y mostró, cual en cosas mayores, sus firmes propósitos generadores de prontas resoluciones. Pero cuando más ocupada se veía en esto, óyese de súbito un gran estruendo, precursor de una escena terrible.

— ¡Agripina! Quiero verla. Dejadme decirle cuanto necesito que sepa en descargo de mi conciencia y alivio de mi corazón henchido por la pena. Dejadme que le hable antes de mi muerte — decía una voz desde los vestíbulos del cuarto mortuario donde yacía Claudio.

— ¡Dioses! ¡Narciso! — exclamó Agripina, verdaderamente aterrada por la voz del liberto, cuyos ecos le paralizaban en las venas su sangre y le transmitían á la conciencia espesísimos vapores de remordimiento.

— Entraré, pese á quien pese.

Y en efecto, Narciso, rompiendo todas las consignas y saltando sobre todas las barreras, cual si fuese todavía dueño del palacio y del Imperio, se presenta despavorido y desolado ante Agripina, aunque preso entre guardias, seguido de aquellos que no podían persuadirse, por las supersticiones nacidas de las costumbres, á creerlo caído del imperial poder en una muerte próxima, incomprendible á cuantos lo vieran años y años disponiendo del albedrío de Claudio así como de la fortuna pública.

— ¿Qué traes aquí? — preguntó la emperatriz.

— El deseo de confesar en tu presencia todas mis culpas y de abonarte con mi testimonio la sentencia sobre mí fulminada por esa mano, en la cual veo centellear los rayos del averno.

— Repórtate, Narciso — le dijo Vitelio, — y guarda con la emperatriz los obligados respetos.

— No voy á decirle sino que aplica las justas leyes de compensación distributiva matándome, porque nunca imperara ella sin la muerte de Mesalina, y nunca Mesalina muriera si no la mato yo. En verdad merezco la última pena y le pido que pronto la ejecute, pues no puede vivir tranquilo en la tierra quien, equivocado por un celo falsísimo, facilitó sin quererlo tu matrimonio y con él también la desgracia y la muerte de aquel á quien todo se lo debía en el mundo, algo más que la vida por cualquier padre fácilmente prestada en los transportes del amor á un ser cualquiera, la libertad que sólo pueden dar los dioses, y la característica del humano linaje por excelencia, los santos atributos del derecho. Agripina, merezco la muerte y me creo á ti obligado por habérmela infligido, pues muerto Claudio, no quiero la vida. Pero debo pedirte una última gracia: en recuerdo de las muchas veces que has querido llevarme á tu causa é inscribirme dentro de tus partidarios, debo pedirte que me dejes escoger el sitio apropiado á mi muerte y el modo de recibirla con tanta dignidad como entereza.

— Morirás donde tú quieras y como tú quieras — díjole Agripina.

— Gracias.

— Mas te mando que vayas pronto á tu postrer destino y me ahorres un diálogo como éste, horrible, cruelísimo, en mi duelo.

— Una súplica postrera — dijo el pobre liberto con verdadera unción en la palabra y verdadera humildad en el gesto.

— Habla.

— Déjame abrazar á Británico.

— No puede ser.

— Déjame pedirle perdón, antes de morir, por el daño que á ciegas le he hecho.

— No puede ser, Narciso, no puede ser. Quitate, pues, de mi presencia.

— ¡Vamos! — dijo el cuitado Narciso á sus verdugos.

— ¿Adónde vamos? — le preguntaron los que le acompañaban.

— Al jardín de Lúculo, para que bajo aquellos árboles, en el sitio mismo donde yo maté á Mesalina, vosotros me matéis á mí. Quiero dar tan supremo desagravio á sus manes.

En efecto, había entrado la noche ya cuando Narciso, rodeado de sus verdugos, se dirigía pausada y serenamente al sitio que le traía en aquel examen de su conciencia y en aquel trance último de su ser á las mientes la grande hazaña del sacrificio de Mesalina, que juzgó él salvadora de Claudio y fué causa primera de su desastrada muerte. La distancia entre la colina donde se levantaba el palacio de los césares y la colina donde se tendía el jardín de Lúculo no era corta. Los esbirros iban, á manera de carníface llevando una res al matadero, no alegres, pero sí conformes con el ministerio que iban á cumplir é indiferentes respecto del daño que iban á causar. Narciso recogía todos sus recuerdos en una concentración tan extraordinaria, que, si bien le tiraba la vida con sus instintos de conservación atrás, iba derecho adelante con valor prestado por el sentimiento de su gratitud, en el cual todo lo prefería, todo, á sobrevivir cuando muriera la persona por quien se había desvivido con su fidelidad de perro en este mundo y á quien debía el don más apreciable para el hombre, don que crece más á medida que se recibe desde más bajo, sobre todo desde los hierros pesados é infamantes. La luna difundía en el momento de llegar al bosque su luz mortecina por todas partes. Un sepulcral silencio reinaba como preludio del silencio eterno. Narciso miró el sitio donde la emperatriz, su víctima, expirara, y pidiendo á un esclavo por gracia el puñal de su cinto, se lo clavó con tal fuerza y seguridad y acierto en el corazón, que rodó al suelo como herido de un rayo. Y así acabó.

No pasaba ninguno de estos acontecimientos en Roma sin que los retóricos y los filósofos y los poetas, componentes de una sociedad aparte dentro de aquella sociedad, descuidaran el oral comentario pedido por cada uno en concepto suyo para comunicarse las emociones consiguientes y hacer los juicios necesarios. Estaban de consejeros áulicos en el palacio de los césares Lucano, Séneca, Persio, mientras la sucesión de Claudio y los funerales se arregla-

ban así como los apercebimientos y preparaciones indispensables al reinado nuevo, cuando llegó la noticia del sacrificio de Narciso con todos sus comentarios. Pues bien: ¿á que no imagina quien esto leyera cuál hecho se pusieron á comentar aquellos oradores domésticos del palacio de los césares, con motivo de la muerte, al cabo vergonzosísima, de Narciso? Pues nada menos que la muerte de Catón. Así, creyendo conservar las viejas ideas con el elemento de los comentarios nuevos; en vez de agrandarlas, como cumple á la religión de los recuerdos, disminuíanlas y achicábanlas en los énfasis y en los artificios de una retórica que, aspirando á elocuente y republicana, quedábase reducida de suyo, por la vaciedad natural de una palabra no subseguida de los hechos, á cortesana y aduladora, con lo cual, muy lejos de robustecer los ánimos, rebajábalos y énvilecíalos. Inmediatamente se dirigieron los reunidos en palacio á Persio y le rogaron recordase ante la muerte de Narciso la muerte de Catón, ante el sacrificio de un liberto el sacrificio de un ciudadano, ante los sacrificios impuestos á los deberes con la gratitud descendida de una gracia del soberano los sacrificios impuestos por la salud y la libertad del pueblo. Inmediatamente que le rogaron hiciese tal cosa, lo hizo con una verdadera docilidad, y reuniendo todas sus reminiscencias disertó como disertaban los retóricos, en amplios períodos de suma elocuencia donde se alababan todas las virtudes, pero sin ánimo alguno de imitarlas y de seguirlas. Así comenzó á encarecer abstractamente la virtud, la libertad, el derecho, la justicia, la verdad, el bien, los afectos humanitarios de amor á los semejantes y de abnegación por el bien universal, personificándolos en el prototipo estoico por excelencia, en el prototipo de Catón, y diciendo lo siguiente:

«Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse pobladas de númeras traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una le-